

Escenarios de Benito Juárez

Vicente
Quirarte
IIB-UNAM

En el libro *Juárez y su México*, Ralph Roeder comienza por compartir con los lectores el viaje que emprende hacia arriba de la actualmente llamada Sierra Juárez, con destino al pueblo de San Pablo Guelatao. El año debe ser anterior al 1947 en que apareció la obra, es decir, años del triunfo aliado y, con ello, de la democracia sobre fuerzas oscurantistas que hacen su reincidente aparición en la Historia. De entonces a la fecha, poco ha cambiado el aspecto y la condición de la que fue cuna del gran mexicano. El *Diccionario Porrúa de Historia, Biografía y Geografía de México* le dedica estos breves renglones: “Guelatao de Juárez. Oax. Mun. 590 h. que viven en la cabecera del mismo nombre. Sus recursos son agrícolas. Montañoso y clima frío a 1,884 m. snm. Dista de Oaxaca 62 km. por carretera. Fue la cuna del licenciado Benito Juárez, presidente de la República”. En el viaje que Roeder hizo hace más de sesenta años, advirtió: “La escuela conmemora al hombre mejor que la estatua, perpetuando con un retorno vivo el anhelo del muchacho que huyó de su pueblo en pos del saber”. Actualmente, el nombre de Benito Juárez da nombre a 7 864 escuelas; es en el Sistema de Transporte Colectivo un emblema reconocible inclusive por quien aún no tiene acceso al silabario; es personaje de “Si Juárez no hubiera muerto”, de Esteban Alfonso, que al ritmo del danzón expresa la permanencia del héroe; es el nombre de una variedad de rosa de rojo profundo, llamada *Luto de Juárez*. En la frontera, aparece en reproducciones de yeso que se venden en la línea entre Tijuana y San Diego; su nombre se ostenta en el *Juárez Whiskey*, un bourbon hecho y embotellado desde 1932 en Ciudad Juárez por D. M. Distillery and Co.¹

San Pablo Guelatao es un pueblo que, de no haber nacido allí el fundador de nuestra sociedad civil, no existiría en la geografía emotiva de México. Sólo cada 21 de

¹ Paso del Norte cambió su nombre oficialmente a Ciudad Juárez por decreto del 30 de julio de 1888, aunque la gran celebración tuvo lugar el 16 de septiembre del mismo año. Información proporcionada por el doctor Enrique Cortázar, director del Museo de Arte e Historia de Ciudad Juárez, Chihuahua, 12 de mayo de 1998.

- ² José C. Valadés, *El pensamiento político de Benito Juárez*, p. 15.

marzo, la energía de la nación allí concentrada hace de Guelatao centro cívico de México y arena para las contiendas partidistas. En la celebración bicentenaria del día de ayer, con la presencia del Ejecutivo y las ininterrumpidas protestas del Sindicato de Trabajadores de la Educación, se inauguró una enorme escultura sedente que evoca, una vez más, el paralelo entre Juárez y Lincoln. No tiene Guelatao, —como hito histórico—, la fuerza que concentra la ciudad de Dolores como cuna del movimiento de Independencia. Y esta bien que así sea. Benito Juárez es, como afirma José Luis Martínez, un héroe a la altura de la historia, y no necesita de leyendas para que la fuerza de sus hechos reales formule poderosas metáforas históricas. Guelatao es el primer escenario formativo de Juárez, y su salida constituye el cumplimiento de un destino. Sin embargo, la sierra como inicial maestra, y el rebaño como primer oficio, fueron decisivos en la formación de su personalidad. Como escribe el historiador José C. Valadés: “aprenderá [...] con el ir y venir de sus ovejas, la gimnasia del trabajo. Conocerá, inequívocamente, los esfuerzos en el individuo para tener el pan cotidiano; y sentirá en su alma, el principio de la responsabilidad de quien dirige”.²

El miércoles 17 de diciembre de 1818 Juárez entra, sin saberlo entonces, en la Historia, cuando un muchacho mayor que él, de nombre Apolonio Conde, le dice que unos arrieros se han llevado una de sus ovejas. Es la hora de la partida y, sintomáticamente, de la pubertad y el libre albedrío, de la sed de aprender. El país se encuentra en los últimos años de su lucha por la Independencia. Las armas para sostenerla serán las de la inteligencia y la cultura que permitan cambiar las estructuras y dotar al país de un código que lo constituya, y lo ayude a fundar instituciones, defender la soberanía y ejercer plenamente la libertad.

Por eso el segundo escenario de Juárez es la ciudad de Oaxaca, y particularmente el instante en que cruza el umbral del Instituto de Ciencias y Artes, hoy sede de la Universidad Autónoma de Oaxaca, y en cuyo patio central se halla la estatua de su antiguo y distinguido estudiante, profesor y rector. El Instituto era tan joven como Juárez, pues había sido fundado el 8 de enero de 1827.

Los ritos de paso de su juventud tienen lugar en esa institución que cambió su destino, al convencerlo de la urgencia del pensamiento laico y la educación que permitiera a cada ciudadano convertirse en señor de sí mismo. Más tarde, cuando llegue el momento de educar a sus hijos, dirá en una carta: “Suplico a usted no los ponga bajo la dirección de ningún jesuita ni de ningún sectario de alguna religión; que aprendan a filosofar, esto es, que aprendan a investigar el porqué o la razón de las cosas para que en su tránsito por este mundo, tengan por guía la verdad y no los errores y preocupaciones que hacen infelices y degradados a los hombres y a los pueblos.” En un Instituto semejante, pero en la ciudad de Toluca, otro indígena llamado Ignacio Manuel Altamirano encontraría su afinidad electiva en su maestro Ignacio Ramírez. Ya en el siglo xx, el poeta Gilberto Owen recuerda la importancia de esa escuela: “La escuela de los escépticos nos venía tan guango como una escuela dominical. Los 18 de julio enronquecíamos tanto de vivir a don Benito y de fumarnos a todos los curas, que parecíamos mayores de edad”.

Tras la guerra de Estados Unidos contra México viene la persecución de liberales que comienzan a distinguirse o que se oponen abiertamente al poder arbitrario y reincidente de Antonio López de Santa Anna. Él será causante del primer viaje de Benito Juárez al extranjero, cuando es obligado a refugiarse en Nueva Orleans. Nunca, en los años de su vida, hizo un trayecto que fuera por placer o por ocio. Sus viajes fueron por México, en el doble sentido de la preposición. *Viajes de orden suprema*, como llamó Guillermo Prieto a los desplazamientos forzados por motivos políticos. Naturalmente, no contamos con testimonios íntimos de Juárez para conocer sus movimientos. Es preciso reconstruir su estancia en Nueva Orleans, que por otra parte ha sido escasamente estudiada, con base en testimonios de sus compañeros de exilio Ponciano Arriaga, José María Mata y Melchor Ocampo. Entre los diversos momentos que Juárez tuvo para meditar y decidir su destino y el papel que le correspondía desempeñar en su México, el exilio en Nueva Orleans fue definitivo en su formación de republicano. En Ocampo tuvo un protector y un maestro que supo vislumbrar,

- 3 Emilio Rabasa, "La Constitución y la dictadura", cit. por Martín Quirarte, *Relaciones entre Juárez y el Congreso*, p. XXX.
- 4 Ralph Roedor, *Juárez y su México*, v. I, p. 157.

mejor que nadie, como escribió Emilio Rabasa que "el grande hombre era Juárez. Presintió los acontecimientos que en la incubación del pasado tenía una vida latente, pronto a convertirse en fuerza y en acción, y para dominarlos comenzó a obedecer la necesidad que había de producirlos".³

Sería ingenuo e injusto pensar que nuestros liberales ejercían su heroica pobreza exclusivamente por romanticismo. Su objeto, no menos apasionado, era la conquista del poder y la transformación profunda de la sociedad. Pero mientras había que esperar y no desesperar a pesar de las estrecheces económicas que obligaba a nuestros liberales a comer en la cantina del Hotel San Carlos, por diez centavos al día. Juárez usaba su tiempo libre en estudiar Derecho Constitucional y, de cuando en cuando, participaba en algún acto de su especialidad. Escribe Ralph Roeder: "...invitado por un Tribunal norteamericano a opinar sobre un pleito relativo a la adjudicación de terrenos en California, [Juárez] tomó asiento con los magistrados y prestó sus luces a la Corte; día fausto para sus amigos, ya que —según uno de ellos— la Corte acogió su opinión con aprobación unánime y el consultante fue 'fervorosamente elogiado y favorecido con mil atenciones, como lo merecía en lo personal' ".⁴

Triunfante la revolución de Ayutla en 1855, Juárez se integra de inmediato al gobierno, promulga leyes que eliminan los fueros militar y eclesiástico. La rapidez del ascenso de Juárez es semejante al de los tiempos que corren. El golpe de estado de Comonfort y la condición que aquél tenía de Presidente de la Suprema Corte de Justicia lo llevan a la primera magistratura. Da comienzo entonces otra peregrinación, primero por los estados del centro. Luego, desde el puerto de Manzanillo hasta Veracruz, para lo cual tiene que hacer un largo trayecto, por Panamá y La Habana. Antes, en Guadalajara, estuvo a punto de ser fusilado por una tropa de soldados rebeldes. Lo salvó la elocuencia de Guillermo Prieto y su frase "los valientes no asesinan". Varios historiadores han señalado la circunstancia de que en su relación escueta de estos hechos, Juárez no haga mención alguna de la actuación valiente y oportuna de Prieto. Puede criticarse a

Juárez su frialdad pero no su falta de congruencia. Creía en las acciones y la emoción la dejaba para la intimidad o para el momento posterior al deber cumplido, como lo revelará aquella carta enviada a Matías Romero donde, tras atender asuntos de la administración itinerante y de la política internacional, comenta en breves líneas la muerte de su hijo Pepe.

Derrotadas las fuerzas conservadoras en Calpulalpan, el presidente Juárez hizo su entrada triunfal en la ciudad de México en 1861. Imposible, sin embargo, pensar en un gobierno estable cuando las guerrillas enemigas acechaban de continuo y países extranjeros exigían el cobro de reclamaciones. La diplomacia, la resistencia militar, la invocación del derecho, todo fue utilizado por esa minoría de liberales, “muy audaz y muy resuelta, pero al fin y al cabo una minoría”, como escribe Martín Quirarte. La familia enferma, como era llamada por sus adversarios, el juarismo, no habían perneado suficientemente a una sociedad desilusionada y sin un sentido auténtico de nacionalidad. Por eso resulta tan significativa la tarde del 30 de mayo de 1863 en la ciudad de México, cuando Juárez arriaba la bandera, decreta la formación de guerrillas para continuar la lucha contra la Intervención francesa y se lleva los poderes. México se refugió en el desierto, escribe Fuentes Mares. Reconstruyamos algunos de los instantes de esa peregrinación heroica. El 4 de septiembre de 1864, los escasos habitantes del caserío llamado El Gatuño, en el umbral del desierto, ven llegar el carruaje del presidente Benito Juárez, seguido de once carretas tiradas por bueyes. Ese mismo día, el general Santiago Vidaurri y el coronel Julián Quiroga han defecionado de las filas liberales para adherirse al Imperio. Desde finales de agosto, Monterrey está en manos del general Castagny, y sus avanzadas amenazan al gobierno republicano, ahora instalado en Chihuahua. Los recientes agujeros de bala que luce el vehículo de Juárez lo obligan a mantenerse a corta distancia de su ejército de operaciones.

En una habitación sencilla, alrededor de la mesa que comparte con sus más próximos colaboradores, el Presidente conversa con un agricultor de nombre Juan de la Cruz Borrego. Su objetivo: encomendarle la salvaguarda

de los archivos nacionales. Una vez confiada la tarea, refrescados hombres y animales, Juárez obsequia y dedica una fotografía suya a la señora de la casa.

Con la cautela que demanda la proximidad del enemigo, Juárez prosigue su desplazamiento por la región lagunera. La Rinconada, El Anheló, Las Tinajas, El Señor de las Ánimas son nombres de algunos de los puntos donde recupera energía la heterodoxa caravana del presidente: ministros y oficiales, tropa y niños, soldaderas y perros. El día 16 acampan en Noria Prediceña, hacienda de beneficio de metales a orillas del río Nazas, también en territorio de Durango.

Por la mañana de ese día, Maximiliano había llegado a Dolores Hidalgo para conmemorar el inicio de la Independencia de México. Tras un *Te Deum* en el templo parroquial, se dirigió a la casa de Miguel Hidalgo, y en el libro para visitantes colocado por orden de Benito Juárez, el archiduque escribió: “Un pueblo que bajo la protección y con la bendición de Dios funda su Independencia sobre la libertad y la ley, y tiene una sola voluntad, es invencible y puede elevar su frente con orgullo”. Posteriormente, encabezó una comida de 70 cubiertos. Una salva de 101 cañonazos y la música de bandas militares rubricó la entrega de condecoraciones a cuatro sobrevivientes del ejército de Hidalgo.

Muy distintas eran las cosas en Noria Pedriceña. Fatigados como se hallaban los integrantes de la comitiva de Juárez, tensos por la proximidad del enemigo, la fecha había pasado inadvertida y prácticamente todos estaban a punto de dormir. Fueron algunos miembros de la tropa quienes se acercaron a Guillermo Prieto para pedirle autorización y ayuda para celebrar el *grito*. Juárez y sus ministros colaboraron con entusiasmo y la fiesta dio comienzo. Se improvisó una tambora, un estrado, se encendieron fogatas; el general Miguel Negrete convirtió un zarape en bandera nacional. El punto culminante lo constituyó el discurso de *Fidel*, cuyas frases resumen la voluntad y resistencia del gobierno itinerante: “La patria es sentirnos dueños y hacernos amplios y grandes con nuestro cielo y nuestros campos, con nuestras montañas y nuestros lagos, en nuestra asimilación con el aire y los luceros, ya nuestros; es que la tierra nos duela como car-

ne y que el sol nos alumbre como si trajera en sus rayos nuestro nombre y el de nuestros padres”.

No abundan los documentos sobre esa heterodoxa e intensa celebración en el desierto, pero José María Iglesias y Guillermo Prieto, en este caso medido en sus hipérbolos, han dejado sus respectivos testimonios.⁵ Al final, recuerda Prieto, un grupo de músicos entonó las canciones republicanas *Los cangrejos*, *Los monos verdes* y *La Paloma*. Esta última era una habanera, muy popular entre el público mexicano, compuesta en 1820 por el español Iradier. Carlota la hizo inmediatamente suya, tras escucharla en voz de la cantante Concha Méndez, a quien conoció en el Teatro Nacional. En mitad del desierto, las notas eran las mismas, mas la letra era distinta. La musa anónima aprovechaba el arraigo de la habanera en la memoria para registrar el heroísmo del Presidente peregrino:

Si a tu ventana llega un papelito,
ábrelo con cariño, que es de Benito;
mira que te precura felicidad,
mira que lo acompaña la libertad.⁶

En el combate que libraba contra su adversario político, Maximiliano cometió uno de sus más grandes errores al promulgar la ley del 3 de octubre de 1865, que dejaba fuera de la ley a los partidarios de la República ante el argumento de que ésta había dejado de existir porque Juárez había abandonado el territorio nacional para internarse en los Estados Unidos. Otra vez es el discurso de las letras el que vence al de las armas, y el turno es de Altamirano: “Más fácil es que la Tierra de salga de su eje, que ese hombre de salga de la República; ese hombre no es un hombre, es el deber hecho carne... Yo no sé cómo se llama la línea de tierra que ocupa en este momento; pero él está en la República, piensa en la República, trabaja por la República y morirá en la República y si un rincón quedara sólo en la Patria, en ese jirón estaría uno seguro de hallar al Presidente.” Juárez, efectivamente, nunca salió del territorio nacional. Sí vivía en Nueva York un grupo de resueltos liberales que integraron el Círculo Liberal Mexicano, encabezado por Francisco Zarco, que puso su pluma al servicio de la causa liberal, enviando

- ⁵ José María Iglesias, *Revistas históricas sobre la Intervención francesa en México*, introd. e índice de temas de Martín Quirarte. México, Editorial Porrúa, 1966, Colección Sepan Cuantos, pp. 476-477. Guillermo Prieto, “Un fragmento de mis memorias. 16 de septiembre en la Noria Pedriceña”, en *El Diario del Hogar*. México, 7 de abril, 1889, p. 2. Agradezco a Miguel Ángel Castro haberme facilitado el segundo de estos materiales. De acuerdo con Iglesias, la celebración tuvo lugar en la Hacienda del Sobaco. Prieto afirma que fue en la Noria Pedriceña, como también lo establece Agustín Rivera en sus *Anales mexicanos*.
- ⁶ *Vid.* Guillermo Prieto, *loc. cit.* De acuerdo con María del Carmen Ruiz Castañeda e Irene Vázquez Valle, la versión —al parecer definitiva— de *La Paloma republicana* apareció en *La Tarántula* del 29 de diciembre, 1868. La letra completa de esta canción puede consultarse en el cuaderno adjunto al disco *Cancionero de la Intervención francesa*, 3a. edición, México, INAH, 1977. Los versos correspondientes a la estrofa citada por Prieto, rezan, en la versión grabada por el INAH: “Si a tus estados llega / un hijo pródigo, / trátalo con cariño / que ese es el Código”.

- 7 Luisa Baz, "El beso de la pureza", en Vicente Magdaleno, *Juárez en la poesía*. México, Comisión Nacional para la Conmemoración del Centenario del Fallecimiento de don Benito Juárez, 1972, p. 25.

sus colaboraciones a diversos periódicos de México y Sudamérica.

Derrotado el imperio en Querétaro, el liberalismo triunfante preparó la entrada victoriosa de su Presidente. El 15 de julio de 1867, el Ayuntamiento se apresuró a erigir un arco triunfal para recibir a la legalidad itinerante; honores para el hijo pródigo que en triunfo recibía los dones del cielo. El arco en su honor no era como los erigidos tres años atrás, escenografía de un imperio nacido como representación de una comedia que desembocó en tragedia. Republicana, sobria y agradecida, la veleidosa capital, que había aplaudido la entrada de Maximiliano, se reconocía ahora en ese hombre oscuro y tenaz. En 1853, Ponciano Arriaga había criticado los arcos triunfales levantados con motivo de la entrada de Santa Anna, pues argumentaba que el general no regresaba con las banderas triunfantes, sino, de acuerdo con el valeroso diputado Joaquín Ruiz, "por un motín de soldados en medio de la ruina del orden legal".

Con la llegada de Maximiliano a México se repetía la costumbre santanista de los arcos triunfales. Poetas partidarios de la monarquía como José María Roa Bárcena, se apresuraron a inscribir en ellos sus versos. Con la mejor intención, celebraban el reinado de paz que traería la llegada de los monarcas extranjeros. Francois Aubert en la fotografía y Casimiro Castro en la litografía dejaron testimonio de esos arcos erigidos en las principales puntas de la capital.

En julio de 1867, el Presidente indio pasaba bajo el arco triunfal con una satisfacción menos estentórea pero más permanente: la defensa de la legalidad y, como quería Arriaga, el retorno a la tierra recobrada con las banderas enaltecidas en una resistencia, tan indómita en el campo de batalla como tenaz en los recintos civiles e inteligente en los laberintos de la diplomacia. Los dos versos bordados en el pañuelo que la niña Luisa Baz entregó al paso del vencedor, resumen tal hazaña mejor que todos los discursos:

Tu grande gloria y tu victoria han sido
vencer al que jamás fuera vencido.⁷

El niño indígena que alguna vez había servido la mesa al orgulloso general Antonio López de Santa Anna, se reintegraba, hombre cabal y experimentado, a la capital. No era solamente la cabeza del partido liberal, sino el símbolo de una nación que comprendía, finalmente, quién reunía las aspiraciones de la mayor parte de los mexicanos. Con la satisfacción de haber respetado y hecho respetar la ley; con la de haber demostrado a México y el mundo la permanencia del poder civil sobre el capricho del cuartelazo, Juárez dirigió su mensaje a la ciudad anhelada por propios y extraños. Austero y preciso como todas sus acciones, cedió los honores de la victoria a la tercera persona encarnada en el pueblo y el gobierno de la República, esos que en el transcurso de la lucha contra la intervención y el Imperio habían recibido la adhesión de sus chinacos, sus juanes heroicos, su naciente clase media, sus hombres de leyes, sus poetas que habían cambiado la pluma por la espada. Ralph Roeder se equivoca al afirmar que en ese momento Juárez acuñó uno de los grandes lugares comunes de nuestra historia. Inscrita en su contexto, la frase emblemática —dolorosa y poderosamente confirmada en el Cerro de las Campanas— corrobora el estilo puntual, exento de oropeles retóricos, que Juárez mostró en todos sus escritos.

El gobierno nacional vuelve hoy a establecer su residencia en la ciudad de México, de la que salió hace cuatro años. Llevó entonces la resolución de no abandonar jamás el cumplimiento de sus deberes tanto más sagrados, cuanto mayor era el conflicto de la Nación. Fue con la segura confianza de que el pueblo mexicano lucharía sin cesar contra la inicua invasión extranjera, en defensa de sus derechos y de su libertad. Salió el Gobierno para seguir sosteniendo la bandera de la Patria por todo el tiempo que fuera necesario, hasta obtener el triunfo de la causa santa de la Independencia y las instituciones de la República.

Lo han alcanzado los buenos hijos de México, combatiendo solos, sin auxilio de nadie, sin recursos, sin los elementos necesarios para la guerra. Han derramado su sangre con sublime patriotismo, arrostrando todos los sacrificios, antes que consentir en la pérdida de la República y de la libertad.

- 8 Jorge L. Tamayo, *Benito Juárez...*, t. XII, pp. 248-249.
- 9 Andrés Henesterosa, "Juárez, escritor", en *Los caminos de Juárez, México*, FCE, 1972, p. 97.

En nombre de la Patria agradecida, tributó el más alto reconocimiento a los buenos mexicanos que la han defendido y a sus dignos caudillos. El triunfo de la Patria, que ha sido el objeto de sus nobles aspiraciones, será siempre su mayor título de gloria y el mejor premio de sus heroicos esfuerzos.⁸

Evitar la retórica no significó en Juárez empobrecer su estilo, sino todo lo contrario. Aunque confesaba con franqueza que nunca había aprendido a escribir bien, sus cartas, comunicados, discursos y los más sencillos e improvisados brindis revelan la manera en que su pensamiento se trasladaba, leal e íntegro, a la página. La inflexibilidad autoexigida a su persona se traduce en su impecable lid con el lenguaje. El título del único escrito personal que dejó a la posteridad, además de sus cartas y su diario, refleja la sobriedad sustantiva de su carácter: *Apuntes para mis hijos*. Cuatro palabras donde la sintaxis queda reducida a los elementos esenciales. Ausente el adjetivo, fulgura la sustancia de los vocablos terrenales. No la defensa autobiográfica ni el panegírico, sino el testimonio escueto, la bitácora de un ciudadano a lo largo de una vida que es sinónimo de servicio y fidelidad a sus principios. *Apuntes para mis hijos* es la autobiografía de un hijo del pueblo que se negó a permanecer en la ignorancia y el oprobio consecuente. Pocos lo han visto mejor que un hombre de letras orgullosamente nuestro contemporáneo, oaxaqueño también, Andrés Henesterosa, que pronto será un joven centenario y con cuyas palabras termino las mías:

[...] en su mano la pluma no era un instrumento de recreo sino de creación. Como era frugal su mesa, lo era su expresión. La porción indispensable de pan para ir viviendo; las palabras más necesarias, para expresar sus pensamientos y sus sentimientos... Su concisión era latina, bíblica. Bastaban a su expresión el sustantivo y el verbo, a veces nada más el verbo: en el principio de la acción está el verbo.⁹